

Editorial

“Una sociedad tendrá siempre necesidad de definir su pasado, tendrá siempre necesidad de su pasado para definir su futuro”.

Jean Chesneaux

Tristeza, curiosidad y un poco de conmoción son algunas de las sensaciones producidas por el hecho de que a este punto las protestas a nivel nacional se están convirtiendo en un acontecimiento casi anual, como si fuese un fúnebre festival. Las voces se hacen notar cada vez más, llegando a un momento donde los colombianos se ven obligados a asumir una posición. Sin embargo, esa es la posición, o, mejor dicho, decisión de un ciudadano, he aquí donde florece una inquietud que se relaciona más con los temas de una revista de este estilo, ¿qué podría hacer el historiador?

Para no llegar tan atrás en la escala, porque terminaríamos riendo de su ridícula extensión, centrémonos en solo nuestros dos últimos años. En noviembre 21 de 2019, centrales obreras, movimientos sindicales y grupos estudiantiles convocaron a lo que llamarían el “gran paro nacional” en contra de la administración de Iván Duque frente a diferentes puntos como la educación, el asesinato de líderes sociales y el incumplimiento de los acuerdos de paz. A lo largo de estas se produjeron diferentes eventos, el cierre de frontera con países cercanos como Venezuela, Brasil, Ecuador, el acuartelamiento en primer grado junto al despliegue de las fuerzas militares, y un toque de queda que trajo como resultado la invasión “imprevista” de grupos criminales en hogares residenciales. El cacerolazo de los participantes resonó hasta donde más pudo, pero la llegada del COVID-19 cambiaría las dinámicas sociales del país entero.

Un año ha pasado, y ya la sociedad estaba adaptándose a su fabricada cotidianidad, hasta el 8 de septiembre de 2020, cuando debido a un video viralizado en redes sociales se permitió observar cómo unos agentes de la Policía Nacional de Colombia vapulean con sevicia al estudiante de derecho Javier Ordoñez, al que después de los eventos llevaron a un CAI, donde lo torturaron hasta causarle la muerte. Un volcán de indignación hizo erupción, y los colombianos volvieron a salir a las calles, protestando esta vez contra la brutalidad policial, que no se resume a un caso particular, sino que se ha convertido en un problema estructural que sucede constantemente y con impunidad. Estas protestas tuvieron como sede principal la capital, pero poco a poco se extendieron a otras ciudades del país. Similar al caso anterior, se dio un despliegue masivo de los organismos de control estatal, los cuales actuaron con extrema violencia contra los manifestantes, empleando su arsenal destinado a combatir a los criminales contra sus propios ciudadanos. De nuevo, se dio una mesa de conversación que no llegó a ningún lugar, situación bastante similar a lo ocurrido un año atrás.

Volviendo al 2021, es difícil hablar de una manifestación que todavía sigue en marcha, pero es importante tenerla en consideración para nuestro papel como historia-

dores. Una vez más, una ola de indignación se presentó en contra el gabinete de Iván Duque por la propuesta de la *Ley de solidaridad sostenible*, con la cual se buscaba establecer una nueva reforma tributaria con un alza considerable a los impuestos en diferentes ámbitos. El descontento no se hizo esperar, y fueron más los sectores que participaron en ella, incluso se lograron unir ciudadanos que no estaban de acuerdo con las manifestaciones de los años previos y que le tenían cierta estima al Gobierno. Sin embargo, las protestas rara vez tienen un único motivante, por ello, después de tumbar la reforma los ciudadanos siguieron entonando su coro de desasosiego, y muchas de las problemáticas ya presentes volvieron a tomar papel dentro las peticiones exigidas, a tal punto que hoy los vestigios de la protesta siguen haciendo presencia.

Las manifestaciones de 2021 siguen vivas, no se han detenido, y aun si la movilización de las personas llegase a decrecer, las problemáticas y las motivaciones no; es un fenómeno actual que como historiadores debemos tratar como tal. Esto significa que mediante la escritura histórica debemos tener en consideración el aporte enorme del pasado en la construcción del futuro. El periódico francés *Le Monde* publicó el 26 de julio 1974 que “Siempre se tiene necesidad de antepasados cuando el presente hace daño”. Nuestro presente hace daño, es por eso que observar situaciones similares ocurridas en años pasados nos puede ayudar a encontrar maneras de lidiar con ese dolor, tal vez ayudar a resolverlo.

Por supuesto, esto no significa que todos los trabajos deban tratar la coyuntura actual, ni mucho menos, sino que dentro de la construcción de escritos históricos se debe observar cómo podemos aportar a determinada situación desde el estudio que se está realizando. En el presente número tenemos artículos que, si bien no tratan la historia de las manifestaciones o las protestas, sí tienen un acercamiento e información que nos puede ayudar a entender nuestra situación actual. Por ejemplo, “Desde el *Esbozo* de Engels a la *Crítica de la economía política* de Marx: un bosquejo histórico y su interpretación como un *materialismo crítico*” es un escrito que busca describir históricamente el devenir de la crítica de la economía marxiana, es decir, un análisis histórico de un acontecimiento y una ideología política; también tenemos otro artículo acuñado “Humillados y ofendidos. Crítica conservadora al Olimpo Radical desde la prensa y la caricatura política de Alberto Urdaneta en los Estados Unidos de Colombia”, el cual se centra en observar las tensiones de la prensa del siglo XIX colombiano entre los partidos clásicos; además, contamos con una obra denominada “Testimonio de un exmilitante del Comité de Lucha Revolucionaria de los años sesenta en México”, que busca difundir el testimonio oral de Gabriel Peralta Zea, exmilitante del Comité de Lucha Revolucionaria (CLR), que operó en la Ciudad de México de 1969 a 1970. Por último, el número posee dos reseñas bastante interesantes, la primera al libro *La conquista del espacio público en Bogotá, (1945-1955)* de la historiadora argentina Ana María Carreira, y la segunda a la obra de Judith Colombia Gonzáles llamada *Representaciones sobre las mujeres en la independencia. Entre realidad y ficción Nueva Granada, 1810-1830*.

Estos textos aportan a una narrativa de carácter nacional, que, aunque no traten directamente la manifestación social, ayudan a comprender la situación del país en unos ámbitos específicos, y pueden ayudar a desarrollar un futuro.

Al final, el papel del historiador se convierte en el de un apoyo para la civilización, una ayuda que permite a los individuos comprender los diferentes caminos de acción con base en lo acaecido. El escritor francés Claude Manceron argumentaba que “existe una gran hambre de historia dentro del pueblo”, esto se traduce en una voluntad de lucha, que es la que determina cómo se construye el futuro.

Juan Camilo Rueda Benavides
Asistente editorial